

COLECCION USTED

la original publicación semanal de
BIOGRAFIAS DE ARTISTAS
DE LA PANTALLA

LA NOVELA INTIMA CINEMATOGRAFICA

Contiene numerosos datos y foto-
grafías de los más célebres artistas
cinematográficos de ambos sexos.

Regalo de una estupenda postal.

Lujosa portada a varios colores

VARIOS NÚMEROS PUBLICADOS

Precio de cada número: 35 cénts.

DE VENTA EN TODAS PARTES

E. VERDAGUER MORERA.-TOPETE, 16.-TARRAS*

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 198

50 cts.



EL PECADO
DE VOLVER
A SER JOVEN

por CORINNE GRIFFITH,
CONWAY TEARLE, etc.

Número extraordinario

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 198

El Pecado de volver a ser joven

Magnífica producción cinematográfica, basada en la moderna novela BLAK OXEN, original de GERTRUDE ATHERTON.

Intérpretes principales:

Mary Ogden CORINNE GRIFFITH
Luis Clavering. CONWAY TEARLE



Exclusiva de S. HUGUET
Provenza, 292 Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ADOLPHE MENJOU



El Pecado de volver a ser joven

Argumento de la película

El teatro irisaba con diminutos chispeos de luz; llamaradas de ojos, fulguraciones de joyas chocaban y se rompían espejeantes con la espléndida iluminación del patio. Era en un teatro de Nueva York, la moderna Babel. El mundo selecto dióse cita allí aquella noche.

Luis Clavering esforzábese en retener su atención ante la obra que se representaba. No lo conseguía. Semejante al goteo del agua al caer persistente y acompasada, de un caño enmohecido, la obra resbalaba en su espíritu, con monocorde fastidio. Revolvíase de vez en cuando en la butaca y ligeramente esbozaba su rostro cierto cansancio indolente.

Luis Clavering pertenecía a la aristocracia

del talento. Celebrado crítico, flamante comediógrafo, merced a su esfuerzo e ingenio, se había abierto paso en el mundo poderoso. Escritor fácil, joven todavía, soltero, dotado de un temperamento un poco romántico y un poco cínico, elegante, tenía todas las cualidades para hacerse agradable a las mujeres, y gozaba de un gran prestigio entre ellas.

—¿Qué le parece la obra, Clavering?—interrogóle su amigo el viejo Dickson, al terminar el acto.

—¿Y a usted?—respondió a su vez evasivo y sonriente el escritor.

—No sé; en franqueza le digo que me aburre.

El viejo Dickson era un elegante que no llevaba mal sus años. Conservaba un humor excelente y era conocedor profundo de su sociedad. A Clavering le chocaban las actividades del viejo para divertirse. Dickson, además, era el archivo de todas las anécdotas de la enorme ciudad. Clavering le quería, más que por todas estas cosas, por lo correcto y delicado y aquella su manera de disculpar las flaquezas de los demás.

—Fíjese en aquella mujer, Dickson—le dijo el escritor dándole con el codo.

En las filas delanteras del patio, habíase levantado una mujer de su localidad y pasaba

con gesto sereno sus prismáticos por toda la sala. Indiferente a la curiosidad general que despertaba, parecía como si despreciase la actitud más o menos uniforme de los espectadores. Y eso que para aguantar la cantidad de flúido de las miradas que caían sobre ella, necesitábase una gran serenidad de ánimo.

—¿Quién es?—interrogó Clavering a su viejo compañero de localidad.

—No sé. Es demasiado original para ser americana. Indudablemente es una excéntrica de Europa—observó Dickson.

La desconocida enfocaba a Clavering. Lentamente, la desconocida bajó los prismáticos y dejó asomar a su bello rostro una sonrisa desdenosa, amable, fría, como de mujer sin alma.

El viejo Dickson ahogó en la garganta un grito.

Aquella mujer... ¿Dónde había visto él aquella cara? ¿De qué montón de recuerdos, que por lo lejanos parecían un sueño, surgía aquella imagen? No era posible. Indudablemente sentíase víctima de una alucinación, de un achaque de la vejez.

—¿Qué le sucede?—preguntóle el escritor, ante su agitación.

—¡Yo estoy loco! Esa mujer...

Y dejando al escritor, echó por el pasillo. Algunos espectadores se volvieron, extrañados

de la precipitada carrera del viejo. El escritor le siguió.

—¿Qué le pasa con esa mujer?—volvió a interrogarle.

—¡Si lleva usted *wisky* deme un trago!
¡Acabo de ver un fantasma!

Se hallaban en uno de los vestíbulos. El escritor extrajo del bolsillo posterior del pantalón una botella achatada y la ofreció a su amigo.

—Hace treinta años—dijo, después de beber—todos los de aquella época hubiéramos dicho que esa mujer era Mary Ogden. Era la belleza más admirada y deseada en mis días de don Juan... Por ella hubo desafíos, pendenencias, disgustos... Dejó Nueva York, se casó con el conde austriaco Zattiany, y se convirtió en una de las mujeres más influyentes de la política europea.

—Será su hija—dedujo el escritor.

—Mary no tuvo hijos. La última vez que la vi en Europa, era una viuda enfermiza, débil... y vieja.

Clavering no dudaba de la sinceridad de su viejo amigo. Aunque dudaba, claro está, de que fuese tan exacto como decía el parecido de aquella mujer.

—¡Es asombroso! Por lo mismo deseo conocerla.

El público elegante se estacionaba unos instantes en el hall del teatro y emitía sus comentarios acerca de los trajes, joyas y bellezas.

Dickson y el escritor se internaron por entre los grupos de elegantes y buscaron con la mirada a la desconocida.

Clavering sentíase impresionado.

Artista de corazón, no se le escapaba la secreta armonía de aquella belleza.

Su atractivo era singular; emergía de ella una como apasionada languidez. Parecía esfumada; algo de nimbo, de vaporoso, de ideal la envolvía.

Un señor, entrado en años, la acompañaba.

—Es el juez Trent... El fué el abogado consultor de Mary en su época—declaró Dickson.

En la puerta se detuvieron.

Dickson, que no podía contener su curiosidad, llamó al Juez.

—Trent, ¿me permites?

Se saludaron.

—Quisiera hablarte un momento.

—En seguida soy contigo.

Trent condujo hasta el *auto* a la desconocida y volvió a reunirse con Dickson.

—¿Qué deseas?

—Amigo Trent. Tengo verdadera curiosidad por saber quién es la mujer que acompa-

ñas. No debe extrañarte esto. Es el vivo retrato de Mary Ogden.

El Juez frunció el ceño y en tono evasivo le dijo:

—Sí, es una sobrina suya... Ha venido de Viena para adquirir unos datos acerca de la fortuna de su tía.

Y con afectada precipitación, el Juez despidióse de Dickson y subió al *auto* en que iba la belleza que tan poderosamente llamaba la atención.

Al reunirse con el escritor, declaró Dickson:

—¡No me satisface la explicación del Juez!... ¡Visitaremos ahora mismo a Juana Bradford, que fué amiga de la infancia de Mary!

—¡Pues vamos!—repuso el escritor espoleada su curiosidad por el aire de misterio con que Dickson envolvía a la desconocida.

Los salones de Juana Bradford, respetada por su opulencia y admirada por su energía, hallábanse de continuo cerrados por la temida y arisca franqueza de su dueña que por lo mismo la alejaba de visitas y relaciones sociales.

Sin embargo, los dos amigos íntimos de Juana sabían y soportaban con cariño de amistad, los arrechuchos de su genio.

Poco antes de llamar a sus puertas, Juana

descargaba su enérgica voluntad, a pesar de sus achaques, que de continuo la retenían junto al fuego, con su hijo James.

James era viudo. Janette, su hija, era un torbellino con faldas. James veíase incapaz de luchar con la tumultuosa juventud de la muchacha y las violencias de la abuela.

—¡No tienes la menor idea de tus deberes paternales!... ¡Eso de que tu hija vaya sola al teatro es escandaloso!—censuraba la abuela.

Janette, aquella noche, había tenido la ocurrencia de largarse. Janette era un brinco retozón. Apasionada con la vehemencia de una desbordante juventud, sentía el impulso de ejecutar todo aquello que se le antojaba. ¿Cómo sujetar sus nervios si la vida le entraba a borbotones por todo el cuerpo?

El padre parecía que se daba cuenta de que su hija no era loca, sino traviesa, alegre. ¿Que alguna vez sesgaba los más elementales principios de la educación? Siempre en cada diablura suya había un fondo gracioso de pueril y sana juventud. Desde luego, convenía con su madre en que había que corregir aquella muchacha alocada, no sin pensar para sus adentros que resultaban difíciles y temibles los pataleos y rabietas de Janette.

—¿Pero es que es una muchacha de siete años? ¿Es preciso que entre en razón? ¿Quién

se va a casar con esa loca?—objetaba la respetable señora.

—Esta noche la impondré un castigo.

Podían guardarla. Janette, que conocía el sermón con que le obsequiarían a su regreso del teatro, prefirió descalzarse y de puntillas, mientras la abuela y el papá seguían discutiendo, ganó su habitación. Ya en ella, y medio desnuda, oyó voces de varias personas que en el hall hablaban.

—¿Visita a estas horas? ¿Quién podrá ser?—se dijo.

Y salió al corredor.

—Oye; ¿quiénes son?—le preguntó al viejo criado, que acertaba a pasar por allí.

—Los señores Dickson y Clavering—repuso el doméstico, no osando volver a mirar a la... provocativa chiquilla.

¡Ah! ¡Clavering, el escritor de moda! Su sueño dorado. Ella amaba a Clavering, sólo que el escritor no le hacía caso. Rápida en sus ideas, cambió de opinión y en vez de acostarse le pareció mejor vestirse de nuevo y bajar a contemplar el objeto de su pasión. Pero Clavering había ido con distintas intenciones a aquella visita intempestiva. Se trataba de una mujer excepcional, un tipo literario que a menudo palpita en las páginas de los libros y nunca se ve en la realidad, y de la que el

viejo Dickson afirmó a su vieja amiga que era el vivo retrato de Mary Odgen.

—No puedes suponerte, querida Juana, hasta qué punto experimenté esa ilusión. El Juez dice que es su sobrina.



—Oye; ¿quiénes son?—le preguntó al viejo criado.

—O tú chocheas, o el Juez mintió como un bellaco... ¡Mary no tuvo ninguna sobrina!—replicó la señora Bradford.

—¡Entonces es la propia Mary!

—¡Esa mujer es una impostora a la que desenmascararé yo! — repuso convencida y enérgica la señora Bradford.

Poco después aparecía Janette, insinuante y provocadora.

—¿Cómo te atreves a presentarte a estas horas, Janette? ¡Te prohíbo en absoluto esas libertades que no están bien en una joven de tu condición!—reprochóle James.

Y luego, siguió la retahíla de amenazas y castigos. Pero Janette era todo ojos contemplando a Claving y no prestaba oídos a las reprensiones de su padre.

De pronto, viendo la cara hosca que le ponía el escritor, se le acercó y le dijo en tono despectivo:

—¡Tiene usted peor genio que mi padre!

Claving aguantó la mirada desafiadora de Janette y replicó:

—¡Es usted la monada más inaguantable de Nueva York! Si fuera usted un chiquillo, con un par de cachetes quedaba arreglado su carácter.

—¡Está usted tan simpático con esa cara que le voy a hacer rabiarse siempre que le vea!

Y agregó desde el umbral:

—¡Haré lo posible por molestarle! ¡A ver si así se acuerda de mí!

Y dirigiéndose a todos:

—¡Buenas noches!... ¡Y jueguen ustedes a prendas a ver quién revienta antes de un empacho de seriedad!

—¡Me temo que Janette — dijo la señora



—¡Tiene usted peor genio que mi padre!

Bradford a Claving—haya decidido casarse con usted! ¡Es temible! ¡Esta es la peor desgracia que podría ocurrirle en la vida!

—¡Casarme con Janette!... ¡Antes me pego un tiro!—replicó con cierta viveza y sonriendo el escritor.

Poco después se despedían los dos amigos, más intrigados que antes, ante el misterio que rodeaba la belleza de la desconocida.

También, avivada la curiosidad de la señora Bradford, ésta prometíase descifrar aquel enigma.

Se enteró por el juez Trent de que la misteriosa extranjera había vuelto a abrir la antigua residencia de Mary Ogden y resolvió visitarla para iniciar sus pesquisas.

—No está en casa—declaró un criado.

—¡Me esperaré! ¡Conozco los salones!—dijo resuelta y avanzando.

En eso, recibió la misma sensación de asombro que su amigo Dickson en el teatro. La misteriosa mujer descendía la escalera del hall. La señora Bradford reprimióse, sin embargo, ante el continente frío de la extranjera.

—Perdone usted, señorita, pero su semejanza con mi antigua amiga, la condesa Zattiany, me sorprende extraordinariamente.

—En efecto, me parezco a ella—replicó con amabilidad la extranjera.

—El juez Trent asegura que es usted sobrina de Mary Ogden.

Ella asintió con la cabeza.

—Y eso es falso... Mi amiga no tuvo hermanos.

Turbóse la desconocida.

La señora Bradford agregó:

—¿Quién demonios es usted?

—Le ruego, señora, que acepte como buenas mis palabras.



—Perdone usted, señorita, pero su semejanza con mi antigua amiga, la condesa Zattiany, me sorprende extraordinariamente.

—Yo debo velar por el buen nombre de mi amiga, y diré a todo el mundo que es usted

una impostora—interrumpió la señora Bradford.

La desconocida miró a la iracunda anciana con infinita tristeza, y con entonación quejumbrosa observó:

—Señora... Si es usted una verdadera amiga de Mary Ogden, no se conducirá usted así conmigo. Respete aquel nombre... ¡Lea la verdad en mis ojos!... ¡Es cuanto puedo decir a usted!

Había en el acento de la desconocida tanta sinceridad, que la señora Bradford despidióse de ella convencida de que debía respetar su misterio.

Por la tarde relataba lo ocurrido a Dickson, que había ido a visitarla deseoso de saber quién era aquella mujer.

La señora de Bradford conjeturaba:

—Si no es sobrina... ni prima... ni nada... es que es su hija...

—Pero...

—Yo no digo que sea hija del conde Zattiany... pero tú debes acordarte de las habladurías que se sostenían respecto de los amores del príncipe Von Bauer y Mary, hace treinta años, antes de su boda...

—Sí... es cierto...

..

Pronto, como un acontecimiento más que pasa, dejó de hablarse de aquella semejanza de maravilla.

Pero había un hombre al cual lo que menos le preocupaba era el asombroso parecido de aquella mujer. Era el escritor Clavering. En cambio, sentíase atraído por la belleza un poco decadente, señorial, de flor de artificio.

La seguía a todas partes. Y una noche, de regreso de la ópera, la desconocida, al ir a abrir la puerta de su casa, se encontró con que había olvidado la llave. El taxi que la condujo se había marchado. Quedó perpleja. Clavering, que, apostado a poca distancia, la contemplaba, se adelantó.

—Me he atrevido a acercarme a usted, señorita, para ponerme a su disposición.

El tono galante y la actitud correcta de Clavering hicieron sonreír a la desconocida, que dijo:

—Olvidé mi llave y no están en mi casa los criados. Puede usted hacerme un gran servicio si no teme saltar la baranda y romper un cristal.

La cosa era harto fácil para el escritor. Consistía en abrir los cristales de una venta-

na de planta baja, introducirse por ella en el interior y abrir la puerta de la calle.

Clavering, ágil, lo ejecutó en el acto, divertido además con el lance. Pensaba que acaso fuera la primera vez que un hombre, siguiendo a una mujer, le abriese las puertas de su propia morada.

—He aquí una escena que nunca se me hubiera ocurrido—observó, sonriente.

—Sí, ciertamente.

Clavering permanecía en la puerta.

Ella le invitó, amable.

—¿Quiere aceptar una copa en mi compañía, señor Clavering?

Le conocía. Aceptó con visible complacencia. Se hizo un silencio. Pasaron al hall. Clavering sentía palpitar su corazón con una plenitud de embriaguez. El silencio, el refinado gusto del mobiliario, el tibio perfume que exhalaba ella, todo parecía magnificar su belleza huidiza, impalpable, que no estaba en el trazo perfecto y sí en un todo inexplicable y misterioso.

Clavering, suavemente, le ayudó a quitarse el abrigo.

—Gracias—dijo.

Y sucedió otra pausa. Ella se miró unos instantes en el espejo. Luego acomodóse en el sofá.

Clavering escancié las copas.

—Tiene usted una voz de cristal. Desde el primer instante no dudé de que el timbre de su voz sería tan mágico como su belleza.

—Déjese de galanterías, señor Clavering—repuso sonriente ella.

—Sería una ridiculez insistir en una cosa que usted sabe mejor que yo. Me limito a ser sincero. ¿Vale otra observación?

—Dígala.

—Pues que a pesar de su voz habla usted poco.

—¿Y eso es un defecto?

—No sé. Por ahora es una observación.

—¿Me conoce usted lo bastante?

—En efecto, señorita.

—Yo a usted le conozco un poco más. Eso trae consigo el ser escritor. En el teatro fué usted el hombre que más llamó mi atención. El juez Trent me habló de usted, de su nueva obra... Espero que venga a leérmela... Me interesa mucho su futuro éxito.

—Tendré un verdadero placer en ello.

Y por temor a hacerse pesado, levantóse e inició la despedida. La blanca mano de la misteriosa tendióse hacia él, que la besó respetuoso.

De pronto Clavering se volvió y le dijo:

—¿Sabiendo quien soy yo... no puedo saber quién es usted?

Ella vaciló unos instantes.

—Uno de los títulos de mi marido era el



—¿Sabiendo quién soy yo... no puedo saber quién es usted?

de barón Von Scheiler... Eso debe bastar a su discreción.

Y luego:

—Mi esposo murió hace tiempo.

El escritor hizo una inclinación de cabeza y desapareció.

Pero no era ésta la última aventura de la noche.

A poco trecho el taxi que conducía al escritor chocó con otro y le hundió las ruedas traseras.

Hasta aquí no había nada de sorprendente; era un choque más o menos vulgar.

Su sorpresa fué después, cuando al acercarse a ver lo que había ocurrido, vió que saltaba del coche Janette, con varios amigos y amigas. Venían de *correrla*. Poco antes habían celebrado una bulliciosa y alocada fiesta íntima; pero no por ello menos estrepitosa.

—¡Oh! ¡Es Clavering!—exclamó regocijada al ver al escritor.

Clavering tomaba aires de severidad, un poco rigurosos cuando solía hablar con la joven.

Janette se irritaba con doble motivo, tanto más cuanto sabía que el escritor no era así.

—¡El destino nos une... y a poco nos mata!
¡Qué delicioso haberse casado *in articulo mortis*—decía Janette con gesto cómico y exagerado.

El desenfado de Janette molestaba al escritor. A poco de hablar, generalmente se iniciaba entre los dos la violencia. La provocaba

siempre la correcta e indulgente indiferencia con que acogía Clavering a la joven.

Ella llegaba entonces hasta la procaicidad, una de las formas violentas que usaba la joven para hacer retroceder al escritor.

—¿Quiere llevarme en su taxi?—le propuso.

—Bueno—aceptó él.



Poco antes habían celebrado una bulliciosa y alocada fiesta.

Y al subir ella, Clavering dió al chofer las señas del domicilio de Janette.

Ya en el coche, la muchacha comenzó a mirarle con cierta ternura. Se aproximaba a él

con melindres y mimos de gata. Le puso una mano en el hombre. Clavering, con gesto de fastidio, separóse un poco de ella. ¡Oh! ¡Cómo la despreciaba! Ella se enfureció. De un gesto violento y llena de rabia, se refugió en el otro extremo. La pulpa gordezuela de sus labios le temblaba ligeramente. Del fondo oscuro de sus pupilas salían fulguraciones siniestras. ¡Era lozana, fresca como fruto recién cogido. ¡Y Clavering estaba ciego para sus encantos! ¡Cómo le aborrecía!

Las pupilas se encogían y dilatábanse bajo la sombra tupida de sus largas pestañas que acrecentaban la negrura de sus ojos. ¡Amor, rencor, celos, rabia, odio!... ¡Qué de ideas bullían en la cabecita loca!

El escritor, sin hacer caso de la joven, se abstraigo en el recuerdo de la desconocida. De nuevo se le acercó Janette. Esta vez reclinó suavemente la cabeza sobre su hombro.

El escritor chasó la lengua.

Ella musitó:

—¡Vamos a un *cabaret!* ¡Me gustaría tanto alegrarme con usted!

El escritor volvióse hacia ella y le dijo, airado:

—¡No sé cómo decirle que no me hace gracia!... ¡Que le daría dos cachetes!

Ella le miró intensamente, y desde el otro extremo del taxi le apostrofó:

—¡Memo!

Y se encogió, apoltonada, en el ángulo del coche.

Poco después, Clavering dejaba a la irreductible joven en el hogar paterno.

Clavering no podía reparar en los encantos de Janette, menos ahora que llevaba una borrachera de ensueño que la desconocida había infiltrado en su espíritu.



Después de unas semanas, el escritor era asiduo concurrente del palacio de la desconocida.

Llevado de su pasión, procuró concluir cuanto antes su novela, "El primer amor", y ofreció a la desconocida las primicias de su lectura.

Junto al fuego, en horas de silencio, interpretaba las páginas de su libro. La desconocida solía poner algún comentario que otro, sobre todo cuando el autor se adentraba en los sentimientos femeninos.

Una de las veces observó:

—¿Por qué hace usted tan joven a la he-

roína de su obra? ¿Cree usted que el amor ha de ir unido a la juventud?

—Me parece esencial. ¿Y usted con su hermosa juventud puede asociar el amor a la ancianidad?—preguntó a su vez el escritor.

Ella se limitó a sonreír.

Clavering agregó:

—No sé... Yo creo que el amor en una mujer de sesenta años, ha de ser algo vergonzoso, ridículo, inconfesable.

Ella soltó una carcajada un poco convulsiva en que parecía que los nervios fuesen de cristal y se hubiesen hecho trizas en una cascada de resonancias metálicas.

Clavering no acertó a explicarse lo inmotivado de aquella risa. Por más que notó algo de afectado, de falso en ella.



El viejo Dickson visitó a Juana Bradford.

Dickson siempre le traía a su vieja amiga el ritmo, la nota saliente de la sociedad, aun cuando la señora de Bradford le rogaba que

no le trajese chismes y descocos de aquella sociedad que merecía que la encerrasen en un manicomio.

—Y a ti el primero—agregaba.

Dickson aguantaba el chaparrón, y cuando volvía a visitarla siempre la obsequiaba con el mismo regalo, seguro de que le agradaba en



—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Clavering será mío!

el fondo.

—Todo Nueva York habla de los amores de Clavering... Anda loco detrás de la bella desconocida—dijo Dickson a la dama.

Las palabras del viejo levantaron del sillón a Janette.

Se encaró con Dickson y, pateando de rabia, exclamó:

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!... ¡Clavering será mío!

Y lanzó violentamente contra el suelo el reciente libro del joven escritor, que estaba leyendo.

Dickson quedó asombrado.

Janette lloraba a lágrima viva. Poco después, furiosa contra sí misma, encerróse en sus habitaciones.

—¡Parece que va en serio!—observó el viejo a su amiga—. Siempre creí que Janette sentía una caprichosa inclinación por Clavering.

—También yo—repuso la dama.

—¡Ah! ¡Las mujeres!... ¡Misterio insondable!—exclamó con entonación enfática Dickson.

—Ta, ta, ta. ¡No seas ridículo, viejo verde!—replicó la dama mirando el fuego.

Clavering acudió puntual a la hora convenida.

El día anterior la bella misteriosa expuso su deseo de asistir a la Ópera. Pero antes convinieron en que cenarían en el Ritz.

Era la primera vez que el escritor llevaría del brazo, en público, a una mujer que constituía un revuelo en los círculos sociales cada vez que aparecía. Esto no dejaba de halagar su vanidad de hombre. Por otra parte, era un rendido enamorado de aquella mujer. Ahora, ya no eran sus encantos sino su espíritu culto, refinado, lo que se adueñaba de él. Era un descanso poder hablar con ella. Las emociones más intrincadas y complejas tenían en ella una fácil comprensión. Clavering hubiese hablado horas enteras con la dama, seguro de que el encanto no cesaría.

Al llegar a los comedores suntuosos del Ritz, la extranjera se impuso en seguida como la reina admirada por todos.

Ya en la mesa, Clavering le dijo:

—¡Es usted un ideal! Yo, como escritor, me cuidaría mucho de llevarla al libro como un personaje real arrancado de la vida. ¿Cómo hacerle creer al lector que es posible y se da en la existencia un ser perfecto?... Nadie me creería.

—Y harían perfectamente.

—¿Por qué?

—Porque no existe.

—Apelo al testimonio de todos estos que no le quitan la vista de encima. Piensan exactamente igual que yo.

La desconocida insinuó una sonrisa fría, de indecible misterio.

Clavering, de pronto, empezó a inquietarse. Dos mesas más allá distinguió a Janette que cenaba en compañía de un nutrido grupo de amigos.

—Mira donde está mi pasión—dijo la muchacha a una de sus amigas.

Y luego al grupo:

—¡Fijaos, idiotas, cómo me engatusan a mi amor!

Y señaló a la mesa de la desconocida, que le volvía la espalda.

Todos los comensales se volvieron ante la orden terminante de Janette con una desfachatez rayana en el cinismo.

Clavering sonrojóse de indignación y de vergüenza.

—No se escapa. Yo le doy la noche—dijo Janette, y, levantándose, dirigióse a la mesa de Clavering.

—¡Caballero!... ¡He comunicado a todos mis amigos lo galantemente que se portó usted conmigo la otra noche... a solas.

Janette miraba con cierta insolencia. De súbito, con una sonrisa zumbona, se encaró con la dama:

—He oído hablar mucho de usted... pero he oído todavía hablar más de sus misterios.

El escritor la interrumpió con violencia:

—¡Janette! ¡Váyase usted a su mesa!

La joven prosiguió:

—¡Es el favorito de las damas!

Clavering, reprimiéndose a duras penas, añadió:

—¡No me obligue a una escena violenta!

Janette repuso retadora:

—¡Ahora estarían bien esos cachetes tan prometidos!

¡Qué alegría para Janette un escándalo!

Clavering, por fortuna, se contuvo. Y ella, despechada, con la alegría de haberlo mortificado, reunióse de nuevo con sus amigos.

Después, en la Gran Opera, irrumpió en el

palco donde se hallaban Clavering y la dama, el viejo Dickson.

—Todos los conquistadores de Nueva York piden permiso para ser presentados a usted— anunció a la bella.

Y, tras el anuncio, llegó la invasión.

Dickson presentaba.

La dama escuchaba, en diapasones distintos, la misma frase:

—¡Es usted lo más interesante de la sala!

Concluída la ópera, la dama obsequió a sus admiradores con una cena íntima en su palacio.

Clavering veíase un poco postergado. Le molestaba, por otra parte, la oficiosidad ridícula de todos aquellos gomosos superficiales, de una irritante frivolidad.

—¡No puedo soportar más tiempo esta situación!—le dijo a ella, aprovechando la coyuntura de un momento—. ¡Permítame volver cuando todos se marchen!

Y cuando todos se fueron, regresó rendidamente enamorado.

Ella le esperaba tras los visillos de los cristales. Le abrió la puerta.

La desconocida sintióse débil. Le turbaban los sentidos las miradas apasionadas del escritor.

Miróse en el espejo del hall. El escritor avanzó hacia ella.

—La amo a usted... No es pasión pasajera... Acepte usted mi nombre...

La desconocida sentíase impotente. Una fuerza superior le impulsaba hacia los brazos de Clavering, y en vano se esforzaba en vencer el sentimiento que la dominaba. Suplicó con los ojos, con la voz:

—¡No puedo! No debo... Antes de aceptar su palabra, ha de saber algo que tal vez le haga desistir de su decisión.

Y suavemente lo rechazó de sus brazos.

—Mañana recibirá usted una carta mía... Léala... Medite... y juzgue mi vida. Ahora váyase, se lo ruego... Déjeme.

El escritor intentó hacer protestas de su amor. Pero ella, con un sollozo reprimido, repitió:

—¡Déjeme!...

Clavering se inclinó y abandonó el palacio.

La señora de Bradford invitó a sus amigas a un íntimo te para hacerlas sabedoras de una nueva sensacional.

He aquí de lo que se trataba: La señora Bradford había recibido una carta en los términos siguientes:

Suplico a usted reuna en su casa a algunas antiguas amigas de Mary Ogden para aclarar, ante todas, mi personalidad. Quiero así romper la leyenda que empieza a formarse en torno de mi nombre.

—Ya estáis enteradas, amigas mías.

Eran unas diez mujeres entradas en años las que allí se reunían.

De pronto apareció la desconocida. Y en tono jovial dijo al entrar:

—¡Queridas amigas!... ¡Yo soy vuestra vieja compañera Mary Ogden!

Es difícil reproducir el estupor que se retrató en el semblante surcado de arrugas de aquellas viejas damas, quienes, como anima-

das por un resorte, se levantaron a un tiempo y empezaron a hablar atropelladamente.

—¿Cómo fué ese milagro? ¿Dónde está el mago? ¿Cómo se puede ser joven? ¿Qué elíxir de vida tomaste?



—¡Queridas amigas!... ¡Yo soy vuestra vieja compañera Mary Ogden!

Mary Ogden, la vieja, contó de viva vez a sus amigas lo que en una extensa carta rela-

taba al escritor Luis Clavering. La carta decía así:

Es difícil hacer creer a un enamorado que el objeto de su ilusión es una vieja de sesenta años, cuya juventud ha sido restituida por un milagro de la ciencia moderna. Se trata de un método descubierto por un doctor de Viena



Mary Ogden, la vieja, contó de viva voz a sus amigas lo que en extensa carta relataba al escritor.

para rejuvenecer la piel y la sangre por medio de los rayos X y unas milagrosas inyecciones.

Me casé con el conde Zattiany, de esto hace

treinta años. Fué un gran error y tuvimos que separarnos. Mi vida se deslizó entre las intrigas diplomáticas que absorbieron mis actividades

Nunca encontré la felicidad. Los hombres no me amaban... me deseaban. Fuí una mujer frívola, hasta que conocí al príncipe Moritz Von Bauer, político financiero.

Fueron nuestros amores ocultos, secretos. Los intereses de Estado le forzaban a casarse con otra. Pasaron años. La guerra incendió Europa y destruyó Austria, mi patria adoptiva. Mi palacio estaba convertido en hospital. Yo era una inválida consumida por las privaciones, las angustias, los años. El Príncipe vino a verme. Hubo una reunión, a la que asistí. El Príncipe dijo: "Todos hemos de poner nuestro esfuerzo, nuestra fortuna, para restablecer nuestra patria."

Yo ofrecí vender mis propiedades de América. Por eso vine a estas tierras. Pero la vida se escapaba de mi cuerpo cansado, y al final de aquella reunión, sufrí un grave desvanecimiento. Guardé cama... El Doctor, entonces, dijo: "Si se somete a mi tratamiento, es fácil que vuelva a su cuerpo la juventud." Obedecí al Doctor... Juro que no fué por coquetería de mujer. ¡Me animó mi cariño a la nación vencida que me llamaba en su ayuda!

Mi cuerpo parece joven, pero mi mentalidad es caduca y mi pobre espíritu vive oprimido...

Esta revelación asombrosa oyeron las amigas de los labios de Mary Ogden. En vano hizo ésta protestas de que no la llevó a aquel cambio la vanidad pueril de ser hermosa. Ellas no la creyeron. Pero quien de veras se hun-



"Fuí una mujer frívola, hasta que conocí al príncipe Moritz Von Bauer."

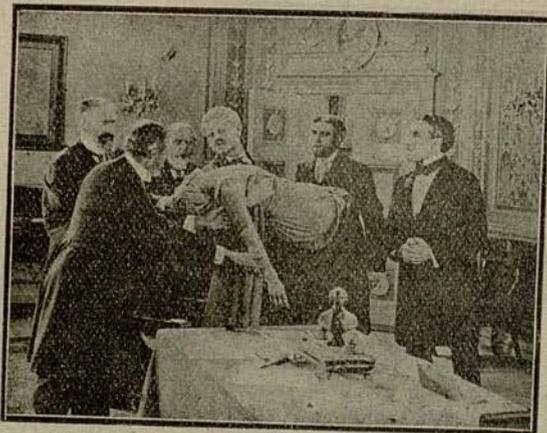
día en reflexiones y pensamientos harto extraños, era el escritor Clavering.

Es difícil hacer creer a un enamorado que

el objeto de su ilusión es una vieja de sesenta años—decía la carta.

Y él se preguntaba: ¿Era vieja Mary? ¿No la vió temblar con emoción de amor?

..



“Pero la vida se escapaba de mi cuerpo cansado, y al final de aquella reunión sufrí un grave desvanecimiento.”

Después de una noche de inquietudes, la rejuvenecida decidió no ver más al amado. “El amor en una mujer de sesenta años ha de ser

algo vergonzoso, ridículo e inconfesable.” Las palabras del escritor acudían martilleantes a su pensamiento. Un criado entró en el salón y le entregó una tarjeta.

Inés Trevor

Era una antigua amiga de Mary.

—Hágala pasar.

Inés Trevor era una vieja seca y apergaminada.

—Siéntate, Inés. ¿Qué deseas?

—¡Mary! — exclamó la vieja—. ¡Vengo a pedirte un consuelo a mis afanes! En mi juventud, por coquetería rechacé a los enamorados... Hoy son ellos los que me rechazan.

Y agregó con ansiedad:

—¿Pueden todas las mujeres volver a ser jóvenes?

—No sé... Eso es cosa que no me interesa... Por amor al hombre no se debe volver a vivir.

—¡Bueno es el consejo cuando se ha logrado recuperar la hermosura!—replicó con despecho la vieja.

—¡Yo no acepté el tratamiento por vanidad!

—¡Mentira!—interrumpió la vieja con dolor, rabia e impotencia—. ¡Una mujer da su alma al diablo sólo por un hombre!

El acento de la vieja tenía una desesperación desgarradora.

Y como una respuesta elocuente de que Mary se engañaba a sí misma, Inés se cruzó en el umbral de la habitación, al salir, con Clavering, que, a pesar de la orden dada por Mary a su criado, quiso verla y hablarla.



—*Bueno es el consejo cuando se ha logrado recuperar la hermosura!*

Fué un momento de embarazo.

—*¡Mary!...*—exclamó por fin el escritor—. *¡Su pasado, su novela, su tortura no han podido borrar su nombre de mi corazón!*

¿Qué sentimientos nuevos la invadían? Los voces de un pasado lejano chocaban y mezclábanse a un nuevo remozar. Sentíase sensible a la dorada voz del amor.

Se miró al espejo. ¿Quién era ella? ¿Era vieja o joven?

Y la deseada pensó que tal vez tuviese razón la que decía: "Todo se hace por el hombre."

Pero su amor no era vulgar; había en él pasión, espíritu.

Clavering la cogió entre sus brazos.

—*Mi amor es eterno, Mary...* No es capricho por su cuerpo hermoso. Es respeto a la sacrificada, es reverencia, culto, adoración.

Mary no pudo resistir. Atraída por la mirada del escritor, cerró los ojos, y sus bocas se unieron en un beso hondo, apasionado.

Admitido el milagro del rejuvenecimiento, Mary Ogden reunía en su mesa a los jóvenes neoyorquinos.

Ella adornó la fiesta con un gusto en que revelaba su elevada espiritualidad. Flores de tonos apagados daban carácter al adorno, de acuerdo con la belleza un poco marchita de la dueña.

Sin embargo, no obstante la manera digna con que se producía, Mary no dejó de recibir algunos alfilerazos de sus nuevas amigas.

—¿Por qué no escribe usted las memorias de sus treinta años de diplomacia europea? Sería un documento de valor singular—decía una.

Y otra:

—¿Qué divertido es pensar que nuestras abuelas, con este procedimiento, nos pueden



—*Mi amor es eterno, Mary... No es capricho por su cuerpo hermoso. Es respeto a la sacrificada, es reverencia, culto, adoración...*

quitar el novio!

—Es que las abuelas, además de dar lecciones de amor... también darían lecciones de

buena educación — repuso Mary con fría e irónica sonrisa.

La juventud, un poco desvergonzada, protestaba en cierto modo de aquella intrusa que con más experiencia de la vida rivalizaba en belleza, y con ventaja además.

La que no se avenía de veras era Janette. Constante en su amor, decidió poner en práctica un golpe definitivo.

Fugóse del hogar y prendió de las cortinas del balcón un papel escrito que decía así: *¡Buenas noches! ¡Antes que volver a casa me hago cupletista!*

¿Dónde iba Janette?

Esta pregunta es la que se hizo su padre cuando descubrió que el díscolo pajarillo había volado por el balcón.

Aquello era excesivo. Janette abusaba de su bondad. ¿Pero dónde encontrarla en las avanzadas horas de la noche? ¿Qué nueva locura había atacado a su hija?

En la calle, por la que iba sin rumbo y desconcertado, tropezóse con Clavering que regresaba de ver a su amada Mary.

—¡Se ha fugado mi hija!—exclamó desolado.

—¡Janette merece unos cuantos cachetes de usted! ¡Ande, no se desanime, suba a mi casa!

Charlaremos un poco y beberemos algo.—repuso el escritor.

La sorpresa les dejó estupefactos. Janette estaba allí envuelta con el batín del escritor.

Al ver a su padre, estalló en viva cólera:

—¡Eres un idiota! ¡Me has destrozado la trama! ¡Vaya papá oportuno! ¡Si no vienes le hubiera obligado a casarse conmigo!

Y, sollozante, penetró en el dormitorio de Clavering y vistióse de nuevo.

Al ir a salir con su padre, vociferó:

—¡Mírale! ¡Está enamorado de un pergamino pintado y almidonado con los rayos X! ¡No hay derecho! ¡Imbécil! ¡Imbécil! ¡Imbécil!

Y abandonó furiosa la habitación.

En interés de la paz doméstica, la familia Bradford decidió emprender un viaje por Europa con la rebelde Janette.

Se ha comprobado que entre las personalidades que viajan en el "Mauretania", rumbo a Nueva York, está el príncipe Von Bauer.



—¡Mírale! ¡Está enamorado de un pergamino pintado y almidonado con los rayos X!! ¡No hay derecho!

Parece ser que su viaje tiene gran importancia.

Dickson mostró la gacetilla al escritor, en casa de los Bradford.

—¡Es preciso que me ayudéis! ¡Quiero llevar a Mary fuera de Nueva York mientras ese Príncipe esté en este país!

—¿Pero es verdad que quiere usted casarse con esa mujer?

El escritor respondió con resolución:

—Sí.

—Le puedo ayudar fácilmente. Organizaremos una fiesta en mi casa de campo—propuso Dickson, a la par que la señora Bradford se asombraba sobremanera.

Mary se enteró también de la noticia, por el juez Trent, y si bien al momento se sorprendió, con un vago temor en su alma, serenóse pensando en Clavering.

Al día siguiente, organizada al gira, aparecía la hermosa propiedad de Dickson salpicada por entre sus jardines de grupos de elegantes en trajes de campo y animados de un vivo deseo de divertirse.

Entre los invitados estaba Cora Mayer, novelista y presidenta del Grupo literario de los sofistas, quien contemplando a la pareja que formaban Mary y el escritor apartados a pocos pasos en rincón amable, les decía a sus amigos:

—Solamente una mujer de una gran expe-

riencia de vieja, unida a los encantos de una muchacha, podía cazar a Clavering.

Mary comprendía al fin que su corazón se había rejuvenecido.

—¿A qué esperar, Mary?—le decía con entonación dulce el escritor—. ¡Casémonos secretamente en la aldea vecina!



—¿A qué esperar, Mary?... ¡Casémonos secretamente en la aldea vecina!

Y como ella, después de alguna vacilación, aprobase, sonriente, él llamó al grupo en que se hallaban Cora y Dickson:

—Vamos a casarnos en la aldea. ¡Quieren

ustedes ser únicos testigos?

Ellos aprobaron regocijados la idea, y quedó concertada la boda para dentro de unos días.

Poco después, Dickson recibía un telegrama que iba a empañar la dicha de Mary.

El Príncipe salió de incógnito para esa. Es-



Mary se enteró también de la noticia, por el juez Trent...

pera a Mary en el Hotel de Hunsterville.

Trent."

Dickson aprovechó unos instantes en que

se hallaba sola Mary, y, mostrándole el telegrama, le dijo:

—Yo creo que usted no debe permitir que ese hombre venga a esta casa.

Mary se hallaba visiblemente contrariada.

—Si Clavering conoce esta visita, querrá acompañarla—observó Dickson.

Y propuso:

—Mañana organizaremos una partida de pesca y nadie notará su ausencia... Yo la acompañaré.

En efecto, al día siguiente, Mary y Dickson se deslizaron hacia el Hotel de Hunsterville.

Dickson quedó aguardándola en el hall del Hotel.

El Príncipe había envejecido. Orlaban sus sienes el blancor de los cabellos.

Se saludaron con fría corrección.

—¡Mary—le dijo el Príncipe—, he sabido que se casa usted con un joven americano! ¡Eso es ridículo! ¡Hoy puedo elevarla a la categoría de Princesa!

Y agregó:

—No pienso en el amor de un día... pienso en mi patria que necesita de todos.

Mary replicó con lágrimas en los ojos:

—No quiero vanidades. ¡Quiero vivir!

El Príncipe apuntó:

—¿Puede una mentalidad de mujer de se-

senta años, llena de recuerdos deslumbradores, creer que el amor de un joven va a llenar su vida?

Las palabras del Príncipe la devolvían a la fría realidad de su existencia.

—Piense que el día que sea la señora de Clavering—prosiguió el Príncipe—, su nombre será borrado de las familias nobles de Austria.

—¡No, eso no!—repuso ella.

Y el Príncipe:

—¡Con su talento político, su belleza, mi nombre y la fortuna, volverá usted a ser una de las mujeres más famosas de Europa. ¡Por propia estimación, después de revelarse como una mujer singular, no puede ser usted la esposa de un vulgar autor de comedias!

Con sus palabras, él evocaba la visión de la gloria.

Mary se debatía, agitada por un sentimiento de juventud, contra la fuerza de un pasado que le arrastraba.

—¿Y si esa belleza se marchita rápidamente, seguirá amando el escritor a la que hoy le deslumbra?—deslizó el Príncipe.

Mary sintió como si un agudo estilete penetrara en su corazón. Era su temor, envejecer de pronto.

—¡Por Dios, basta! — interrumpió sollozante.

Y cuando se alejaba, él añadió:

—Reflexione... A bordo del "Mauretania" espera una cámara a la futura Princesa.

Mary abandonó la estancia, abatida. En el paisaje moría el crepúsculo en un mar de ná-



—¿Y si esa belleza se marchita rápidamente, seguirá amando el escritor a la que hoy le deslumbra?

car y púrpura. Le pareció que su belleza y su juventud eran eso: un languidecer, un ins-

tante efímero, para después morir. ¡Belleza de crepúsculo!

Y el temor a envejecer se adueñó con fuerza en su alma... y decidió partir.



Aquella misma tarde recibía Clavering la siguiente carta:

Circunstancias imprevistas me obligan a ir a Nueva York. Le ruego no me siga, pues deseo estar sola unos días.

Mary.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué se ha marchado Mary? ¿Saben ustedes algo?—interrogó con ansiedad a sus amigos Dickson y Cora.

Dickson bajó los ojos, levemente embarazado. Pero Cora, que ya estaba enterada por el viejo del desenlace de la entrevista de Mary con el Príncipe, le puso al corriente de todo.

Y con certero intento de mujer, agregó:

—Ese Príncipe trata de despertar su ambición, para conseguirla. Créame. Si no quie-

re que se le escape... apriétela bien en sus brazos.

El escritor salió disparado hacia Nueva York.

Aguijoneado por vagos temores y dudas, llamó en el palacio de Mary.

—La señora está indispuesta... Le suplica que vuelva mañana.

¿Cómo decirle a la oficiosa corrección de un criado que esas horas de espera iban a ser una torturante pesadilla?

Quedó unos instantes perplejo.

El criado le miraba impasible. Resignado al fin, resolvió alejarse.

Una mano femenina levantaba levemente el visillo de un cristal.

Mary, oculta, miraba con dolor cómo se alejaba su amado.

El volvió al día siguiente.

La noche pasada acrecieron sus temores.

¡Mary, su Mary, aquella belleza suave, de ensueño, se alejaba de él! Contempló la figura de su amada, que emergía de un cuadro tocada con traje de una época pasada. Era Mary de joven. ¿Pero es que ahora no lo era? ¡Era la misma! Tan hermosa, que el tiempo se detuvo y puso en su belleza un áureo perfume de eternidad.

Ella descendió la escalera en puntillas y

atisbó como el escritor contemplaba su retrato. Una lágrima rodó por sus mejillas.

Y luego, reportándose, se alejó. Iba envuelta en un gabán de pieles. El automóvil la esperaba.

—Avisé al señor Clavering — ordenó al criado.

—¡La señora está en su automóvil!

Clavering corrió hacia ella.

—¡Mary! ¡Vuelva a casa, escúcheme!

—¡No, suba usted!—repuso ella con entonación suave.

Y, ya en el automóvil, prosiguió:

—¡Me voy! ¡Es preciso! ¡Debe ser!

—Yo no puedo resignarme a que usted me abandone.

—Nuestro amor es una locura y es mi desgracia... Nos separa una generación que me impide aceptar su sacrificio.

Una pausa. El coche dirigiábase veloz hacia el puerto de la gran ciudad.

Y de pronto el escritor exclamó con despecho:

—¡Ambición! ¡Delirio de grandeza! ¡Eso es todo!

Interrumpióle Mary:

—¡No! ¡Miedo a envejecer!

El coche se detuvo. El chofer abrió la portezuela.

Mary afectaba estar serena. El escritor le dió la mano y ella descendió.

Clavering vió su resuelta actitud y acató su decisión.

—¡Adiós, condesa Zattiany, mujer misterio, adiós!—exclamó con profunda amargura.

Y como un sueño, la vió perderse entre la gente que se agolpaba a las puertas del andén.

También otra mujercita que odiaba con todas las fuerzas de sus juveniles años, tomaba pasaje en el "Mauretania": era Janette, a la que se le imponía un viaje de castigo.

El escándalo había sido demasiado gordo para que por muy débil que fuese James Bradford, no se apresurara a imponer un fuerte correctivo a la rebelde. No se olvidaría nunca de la noche que le hizo pasar cuando su fuga. Y temiendo que huyera la retenía con su brazo. La creía capaz, muy capaz de echar a correr y dejarle allí en el puerto.

De pronto, Janette lanzó un grito, desprendióse con violencia de su padre y emprendió una carrera loca.

Había distinguido a Clavering.

El escritor, abatido por el triste fin de sus amores, vagaba la mirada errátil por donde había desaparecido Mary Ogden.

El brusco e inesperado desenlace de sus

amores había anquilosado su sensibilidad y él mismo se maravillaba de no sentir dolor alguno. Sólo en la garganta sentía una tenue opresión.

En ese estado le sorprendió Janette, cayendo como una tromba en sus brazos, y agarrándose fuertemente a su cuello.

—¡Ha venido a buscarme!... ¡Es mi salvador—vociferó para llamar la atención a todos los que por allí pasaban, y dar un escándalo. ¡Es mío! ¡Es mío!—gritaba con todas sus fuerzas.

Clavering intentaba desprenderse de la muchacha. El padre también pujaba por otro lado, y el grupo de curiosos engrosaba, engrosaba, y empezaba a protestar.

Y cuando el barullo de voces se iniciaba, la chiquilla empezó con otra cantinela.

—¡Que vengan viejas a robármelo!

Los curiosos eran legión. Empezaban a hacerse los comentarios más disparatados.

Un policía intervino:

—¡Este no es lugar para abrazarse!

De nuevo empezó el barullo. ¡Ah! ¡El escándalo estaba armado!

Y Clavering tuvo que subir a Janette en automóvil. El gentío inició unos aplausos, creyendo que eran dos enamorados a cuyo mutuo amor se oponían intereses de familia.

Alejóse el automóvil.

Janette, ante la actitud severa del escritor, lloraba, en silencio, arrinconada en uno de los ángulos.

Clavering pensaba en Mary, que allá en el barco suntuoso prefería a la esperanza, las realidades de la vida.

Un sollozo reprimido le hizo volver la cabeza hacia Janette.

¿De qué fondo oculto nacía aquella voluntad de querer?

El escritor enlazó el hombro de Janette y atrajo suavemente sobre su pecho la cabeza de la joven. Janette reía y lloraba, a la vez, pero todo tan tumultuosamente que el escritor hubo de sonreirse.

Y es que la verdadera juventud tiene un perfume de vida que enciende la sangre, hace latir el corazón y abre el horizonte a la esperanza.

FIN

Este número ha sido sometido a la censura gubernativa.

Prohibida la reproducción

PRÓXIMO NÚMERO:

La sentimental novela, basada en la vida real:

Misterios del corazón

Sublime interpretación de los célebres artistas:

MARJORIE DAW, CLIVE BROOK,
JULIETTE COMPTON, etc.

Postal-fotografía-regalo:

MARY ASTOR

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles en toda España. — Precio: 25 céntimos.

LE RECOMENDAMOS

con verdadero interés la adquisición de la preciosa novela que se puso a la venta el 28 del cte. mes

EL CAID

(23.º libro de la BIBLIOTECA «*Los Grandes Films*» de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA)

Interpretación del gran actor RODOLFO VALENTINO y la bellísima AGNES AYRES
Novela de emoción

De venta en todos los kioscos — Precio: 50 cts.
Portada a bicolor — 64 páginas

MUY EN BREVE

se pondrá a la venta el 24.º libro de la BIBLIOTECA *Los Grandes Films* de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Madame Sans - Gêne

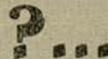
La mayor creación de la bellísima y genial estrella GLORIA SWANSON

Novela de gran intensidad dramática - Portada a bicolor - 64 páginas - Profusión de fotografías

Precio popular: 50 céntimos

¡Cómprala usted antes no se agote!

¡Amantes de la Cinematografía!
Vuestra REVISTA preferida será



(Editada por LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA)

No lo olvidéis — Al fin tendréis la Revista que llenará todos vuestros afanes de admiradores del arte mudo.

NÚMEROS PUBLICADOS

PRECIOS: } NÚMEROS CORRIENTES: 25 CTS.
 » EXTRAORDINARIOS 50 »

1. No hay juegos con el amor, 6 edic. 2, El valle Florido, 3 edic. 3, Amor de madre, 3 edic. 4 La Virgen de las Rosas, 3 edic. 5, La culpa ajena, 3 edic. 6. De hombre a hombre 3 edic. 7, Una mujer, 3 edic. 8, Pesadillas y supersticiones, (extra). 3 edic. 9, Desinterés, edic. 3 10, El Hábito, 3 edic. 11 Jimmy Sansom, 3 edic. 12, La primera novia, 3 edic. 13, El pequeño Lord Fauntleroy, (primera jornada), 3 edic. 14, El pequeño Lord Fauntleroy, (segunda jornada), 3 edic. 15, La tormenta, 3 edic. 16, Flor de amor, 3 edic. 17 La Pantera Negra, 3 edic. 18, Bajo dos banderas, 3 edic. 19, Corazón de lobo, 3 edic. 20, Sueños juveniles, 3 edic. 21, El mundo y la mujer, 3 edic. 22 Corazones humanos, 3 edic. 23, El premio gordo, 3 edic. 24 La desconocida, 3 edic. 25 Robin de los bosques, (extra). 3 edic. 26, La Verdad Desnuda 3 edic. 27, El octavo no mentir, 3 edic. 28 Cleo la francesita, 3 edic. 29, La hija del pasado, 3 edic. 30, La chica del taxi, 3 edic. 31, La hija de los traperos, 3 edic. 32, El Príncipe escultor, 3 edic. 33, Llovido del cielo, 3 edic. 34, Mujeres frívolas, 3 edic. 35. Al calor del hogar, 3 edic. 36, Sapho, 3 edic. 37 Directo de París 3 edic. 38, Lo que vale una mujer, 3 edic. 39, El valle de los Gigantes, 3 edic. 40, La sombra del padre, 3 edic. 41, Madame Morland, (extra). 3 edic. 42, Un juego peligroso. 43, De mal agüero. 44, Veintitrés horas y media de permiso, 3 edic. 45, El delincuente. 46, La hija del Arrabal. 47, El rancho del oro, 3 edic. 48, El falsario. 49, De los confines del silencioso Norte. 50, Entre hielos. 51, La rosa de Nueva York, (extra). 2 edic. 52, El precio de la belleza. 53, Contra viento y marea, 2 edic. 54, No me olvides, 2 edic. 55, En los jardines de Murcia (María del Carmen) 2 edic. 56, Sacrificio de amor. 57, Eugenia Grandet, 2 edic. 58, La Bohème (extra). 3 edic. 59, ¡Pobre Violeta!. 60, Realidades de la vida. 61

Estaba escrito. 62, Las dos Huérfanas, 4 edic. 63, El pescador de perlas. 64, La sin ventura, (extra). 3 edic. NUMERO ALMANAQUE 65, La pequeña parroquia. 66, Frou Frou. 67 La famosa señora de fair. 68, El Secreto del Polichinela. (extra). 70, La Quinta avenida. 71, El duodécimo mandamiento. 72, Maruxa. 73, La hija del Nuevo Rico. 74, ¿Por qué cambiar de esposa? (extra) 75 Relámpago. 76, La Dolores. 77, Como la arena. 78, La cuna vacía. 79, El encanto de Nueva York, 80, Borrascoso amanecer, (extra). 81, Rosario la cortijera. 82, La película sin título. 83, Una mujer como otra cual quiera. 84, Todos los hermanos fueron valientes. 85, La batalla, (extra). 86, Espejos del Alma. 87 Gloria fatal. 88, Lo que las esposas quieren. ESPECIAL DEDICADO A POLO. 89, Una novia para dos. ESPECIAL DEDICADO A MARY PICKFORD Y DOUGLAS FAIRBANKS. 90, El muchacho de París. 91, Las Sentencias del destino, (extra). 92, Redención. 93, Alma de Dios. 94, La señorita del pelo corto. 95, Las hijas de los hombres ricos. 96 El novelista y su esposa, (extra). 97, La puerta cerrada. 98, Una pobre maniquí. 99, A todo trance. 100, ¿Por qué tanta prisa?. 101, La casa en la selva, (extra). 102; La Princesa Demidoff. Tierra Baja (ESPECIAL DEDICADO A ÁNGEL GUIMERA) 103. En busca de la felicidad. 104, El buen camino. 105, Amor de árabe. 106, El puñao de rosas. 107, El Milagro, (extra). 108, Risas y lágrimas. 109, El nido de amor. 110, La venganza de una hermosa. 111, Juez de sí mismo. 112, El caballero sin tacha, (extra). 113, I Pagliacci. 114, La isla maldita. 115, Domador por amor. 116, Fruta prohibida. 117, Veredicto de inculpabilidad, (extra). 118, Calvario de amor. El ladrón de Bagdad. (ESPECIAL). 119, El arte de ser distinguida y encantadora. 120, La damade las camelias. 121, El Murciélagos 122, El sargento O' Malley. 123, Respetad a la mujer, (extra). 124, La muñequita de Francia. 125, El amigo de su marido. 126, Lo que toda mujer sabe. 127 El capricho de una dama. 128, Canción de amor, (extra). 129, La mariposa que se quemó las alas. 130, Pecado de juventud. 131, Scaramouche. 132, Siempre audaz. 133, El hijo de Flandes. 134, Sombras que pasan..., (extra).

135, Una flor del camino. 136, La carta. 137, La Caravana del Oregón. 138, La danzarina del Nilo. 139, La mujer más bonita del mundo (extra). 140, Labios rojos. 141, La perfecta coqueta. 142, Lo que cuesta la hermosura. 143, Dos novelas de amor. 144, Esclavo del deseo. (extra). 145, El lirio dorado. 146, La reina de las muñecas. 147, Cordelia la Magnífica. 148, ¡Cuidado solteros! 149, El pequeño Robinsón, (extra). 150, La gloria de ser mujer. 151, El naufragio de la humanidad. 152, Milagro de juventud. 153, A través del Bósforo. 154, ¡Paso al amor! 155, Secretos, (extra). 156, Una dama enmascarada. 157, ¡Mi tío! 158, La venus de Montmartre. 159, El aventurero. 160, La gota de sangre, (extra). 161, Gentes de Mar. 162, Por el amor y la gloria. 163, El Grumete. 164, El afán de triunfar. 165, Corazones errantes, (extra). 166, Honrarás a tu padre. 167, Injusto desprecio. 168, Abandonada en el altar. 169, Las luces del Broadway. 170, Madame Dubarry. 171; Una página en blanco, (extra). 172, Inocencia. 173, Los maridos de Edith. 174, La mujer que se olvidó de amar. 175, Muñecos del destino. 176, La luna de Israel, (extra). 177, El Huracán. 178, ¡Yo lo maté! 179, La jornada de la muerte. 180, Amor y trabajo. 181, Las alas del cariño. 182, Pacto de amor, (extra). 183, Esposas conscientes. 184, La tragedia del Carlton. 185, El señorito Primavera. 186, ¡Dispense usted! 187, Monsieur Beaucaire, (extra). 188, La lucha por la vida. 189, Después de la función. 190, La negativa. 191, La mujer que encontró amor. 192, Arabella. 193, Yolanda, (extra). 194, La venus intrépida. 195, Feria de Vanidades. 196, Raffles. 197, La noche de la batalla. 198, El pecado de volver a ser joven, (extra).

POSTAL FOTOGRAFÍA

1, Douglas Fairbanks. 2, Mary Pickford. 3, Charles Chaplin. 4, Perla Blanca. 5, Antonio Moreno. 6, Priscilla Dean. 7, Eddie Polo. 8, Mary-Douglas. 9, Francesca Bertini. Harold Lloyd. 11, Constance Talmadge. 12, Frank Mayo. 13, Marie Prevost. 14, Ben Turpin. 15,

Pina Menichelli. 16, Livio Pavanelli. 17, Norma Tamadge. 18, Tom. Mix. 19, Gladys Walton. 20, Aime Simón Girard. 21, June Caprice. 22, Sessue Hayakava. 23, Alice Brady. 24 Georges Biscot. 25, Hesperia. 26, Harry Carey. 27, Mary Miles Minter. 28, Charles Ray. 29, Ruth Roland. 30, William Duncan. 31, Pola Negri. 32, Wallace Reid. 33, Elena Makowska. 34, Jorge Walsh. 35, Viola Dana. 36, Camilo de Riso. 37, Alice Terry, 38, Hoot Gibson. 39, Clara Kimball Young. 40, Lee Moran. 41, Maria Jacobini. 42, William S. Hart. 43, Tsuru Aoki. 44, Herbert Rawlinson. 45, Betty Compson, 46, Jackie Coogan. 47, Doroty Dalton. 48, Larry Semon. 49, Mabel Normand. 50, Gustavo Serena. 51, Marie Dupont. 52, Alberto Capozzi. 53, Leatrice Joy. 54, Charles Hutchison. 55, Gloria Svanson. 56, Rodolfo Valentino. 57, May Mac Avoy. 58, Mario Bonnard. 59, Eva May. 60, Milton Sills. 61, Margarit Livingston. 62, Ermete Zacconi. 63, Mae Murray. 64, Snub Pollard. 65, Bebé Daniels. 66, William Farnum. 67, Catalina Williams. 68, Alberto Collo. 69, Lillian Gish. 70, Max Linder. 71, Hope Hampton. 72, Thomás Meigan. 73, Mary Philbin. 74, Ramón Navarro. 75, Alla Nazimova. 76, Tullio Carminati. 77, Virginia Valli. 78, Eric Von Stroheim. 79, Ruth Miller. 80, Will Rogers. 81, Jacqueline Logan. 82, Tom Moore. 83, Bessie Love. 84, Wesley Barry. 85, Mme. Robinne. 86, Lon Chaney. 87 Corinne Griffith. 88, Douglas Fairbanks (hijo). Polo (Especial). 89, Anita Stewart. Mary Pickford y Douglas Fairbanks (Especial). 90, Jack Pickford. 91, Italia Almirante Manzini. 92, Douglas Mac Lean. 93, Mlle. Madys. 94, Johnny Jones. 95, Marguerite de la Motte. 96, Norman Kerry. 97, Elinor Fair. 98, William Rusell. 99, Patsy Ruth Miller. 100, Emilio Chione. 101, Marie Osborne. 102, Lewis Stone. ANGEL GUIMERA, (especial). 103, Mildred Harrys. 104, Charles de Roche. 105, Enid. Bennet. 106, Buddy Messinger. 107, Lois Wilson. 108, Elliot Dexter. 109, Geraldine Farrar. 110, Garet Hugues. 111, Katerine Mac Donald. 112, Earle Williams. 113, Ginette Maddie. 114, John Barrymore. 115, Louise Lorraine. 116, Febo Mary. 117, Mac Marsh. 118, Alec B. Francis. Douglas Fairbanks (Especial). 119, Fritzi Ridgeway. 120, Geor-

ge Hackatorne. 121, Alma Bennett. 122, House Peters. 123, Bárbara Bedford. 124, Forrest Stanley. 125, Vera Vergani. 126. Monte Blue. 127, Bille Burke. 128, Jack Holt. 129, Dorothy Philips. 130, Malcolm Mac-Gregor. 131, Ossi Oswald. 132, Mahlon Hamilton. 133, Lucy Doraine. 134, León Mathot. 135, Arlette Marchal. 136, I. W. Kerrigan. 137, Billie Dove. 138, Lionel Barrymore. 139, Lee Parry. 140, Theodore Roberts. 141, Anna O' Nilson. 142, Henry Krauss. 143, Lya Mara. 144, Ri hard Dix. 145, Vivian Martin. 146, Jean Angelo. 147, Geneviève Felix. 148, Conrad Veidt. 149, Mary Carr. 150, Al St. John. 151, Peggy Hyland. 152, George O' Brien. 153, Doris May. 154, Conrad Nagel. 155, Vera Reynolds. 156, Edmund Lowe. 157, Henny Porten. 158, Charles Jones. 159, Hella Moja. 160, Clyde Cook. 161, Baby Peggy. 162, John Gilbert. 163, Natalie Talmadge. 164, Alfonso Cassini. 165, Estelle Taylor. 166, Victor Varconi. 167, Shirley Mason. 168, Conway Tearle. 169, Ethel Grey Terry. 170, Luciano Albertini. 171, Huguette Duflos. 172, René Navarre. 173, Evelyn Brent. 174, Rod la Rocque. 175, Edythe Chapman. 176, Raymond Griffith. 177, Raquel Meller. 178, Gabriel Signoret. 179, Mary Alden. 180, Glenn Hunter. 181, Aileen Ringle. 182, Reginald Denny. 183, Constance Bennet. 184, Harrison Ford. 185, Jewel Carmen. 186, Amleto Novelli. 187, Norma Shearer. 188, William Collier. 189, Mae Busch. 190, Warner Baxter. 191, Agnes Ayres. 192, Buster Keaton. 193, Dolly Davis. 194, James Kirkwood. 195, Marion Davies. 196, Lew Cody. 197, Sally Rand. 198, Adolphe Menjou.

